CASTELLS BRISA



David Monnet

La Joya que vino del frío

Miquel Castells Brisa

DAVID MONNET EN...
LA JOYA QUE VINO DEL FRÍO

nº 10

Vision Libros

© Obra: David Monnet X. La joya que vino del frío

© 2011 Colección David Monnet

Primera edición: Febrero, 2012

© Autor: Miquel Castells Brisa

ISBN: 978-84-9011-367-7

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Los personajes protagonistas de esta historia són fruto de la imaginación del autor, cuyas aventuras transcurren, eso sí, en un marco histórico real. Cualquier parecido con la realidad será pura coincidencia.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

Dedicado al amigo Roc Argemí

DAVID MONNET

Experto investigador de temas históricos. Hombre de cuarenta años, de metro ochenta y dos centímetros de altura, moreno, pero con abundantes cabellos blancos. Divorciado hace diez años de una mujer de su misma profesión —historiadora—, que no comparte los métodos de trabajo que tanto entusiasman a su marido. Así como ella gusta de realizarlo metida en su estudio y es ordenada, si cabe, en exceso, él no soporta estar encerrado y prefiere investigar sobre el terreno.

Tiene un aire bohemio y desordenado. Entusiasta y algo fantasioso que, sin embargo, sabe, si la ocasión lo requiere, convertirse en

un personaje altamente refinado. Tiene fama bien merecida de mujeriego. Amante de la buena mesa y entendido en vinos. Disfruta, cuando tiene ocasión, de una buena partida de poker.

Su principal virtud es su intuición fuera de lo normal, que le permite ser una autoridad en su profesión, circunstancia que le ha proporcionado numerosos reconocimientos por su valía.

Acostumbra a ir por libre y ofrecer el fruto de sus conocimientos a universidades y organismos oficiales, aunque no oculta a nadie su discrepancia con todo lo que hace referencia a cualquier tipo de religión. Sus principales clientes suelen ser los mismos estamentos religiosos que valoran más su talento que sus creencias.

La amistad con un monje de La Santé, que regenta un gran centro de información y archivos de la iglesia católica, hace que éste le proporcione numerosos trabajos de diferente índole que le obligan a viajar a los lugares más recónditos del mundo y pasar por trepidantes aventuras repletas de peligros.

Nacido en Barcelona, hijo de padres comerciantes, ha cursado estudios de historia en diferentes universidades europeas y norteamericanas, siendo considerado el número uno en su materia.

Fruto de sus elevados honorarios, posee un castillo y unos viñedos en la Bretagne, donde elabora unos vinos de gran prestigio, al frente de los cuales y, llevando el negocio de sus bodegas, se encuentra Michelle, una joven mujer con la que tiene algo más que un trato laboral.

INTRODUCCIÓN

El último trabajo que realicé fue quizás del que me llevé peor recuerdo. La muerte de mi ex-mujer, Laura, a pesar de hacer muchos años sin tener ninguna relación con ella, me afectó negativamente. Además, el hecho de tener que hacerme cargo del hijo que tuvo con un profesor de arqueología, fallecido también, hacía que mi vida, ya complicada de por sí, adquiriera una nueva dimensión de la que no sé cómo hubiera podido salir airoso de no ser por la inestimable ayuda de Michelle y de mi amigo André Delacroix. Ambos, cada uno en su vertiente, fueron los organizadores de la vida de Saúl, el hijo de Laura que, con apenas ocho años, había perdido en pocos días de margen a sus padres, y

cuya única pariente directa, una hermana de Laura, se desentendía de él; es más, ambas hermanas hacía tiempo que no se hablaban.

Michelle, con gran entusiasmo, hacía las veces de madre como si el muchacho fuera su hijo, y en cuanto a André, fue el que se cuidó de arreglar todos los papeles de adopción necesarios y se ocupó de su enseñanza, llevándole a una escuela cercana a La Santé. Así, de este modo, podía seguir llevando aquella vida que tanto me gustaba, aunque, a decir verdad, mi vida realizó un cambio, ahora había alguien que dependía de mí.

Después de tomarme unos días de descanso, y antes que la inactividad se apoderara de mí convirtiéndome en un ser sedentario, decidí ocuparme de un trabajo que hacía algunos días André me había sugerido; para ello, tenía que viajar hasta Rusia, concretamente, a Moscú. A pesar de saber que pasaría frío, la idea de volver a ver la capital rusa y reencontrarme con gente que hacía años había conocido, me incitaban a viajar. El trabajo en cuestión, a priori, era bastante seductor, aunque sabía muy poco de él, solamente que era algo relacionado con una joya Fabergé y

su posible autentificación. Si tengo que ser sincero, la verdad es que no tengo ni idea de ello, pero el hecho de que el profesor Ivanov había avalado mi presencia, era suficiente motivo para acercarme hasta Moscú, y para qué nos vamos a engañar, la minuta que iba a cobrar era realmente jugosa para menospreciarla. Lo único que creaba cierta zozobra en mí era que quien contrataba mis servicios era el FSB, antigua KGB, y, a pesar de que los tiempos habían cambiado mucho, aquellas iniciales no dejaban de ser tétricas. De todos modos, estaba decidido y al día siguiente viajaría a Moscú.

CAPÍTULO 1

Nada más descender del avión, me di perfecta cuenta de que me encontraba en Rusia. Todo lo indicaba: el frío característico, la incesante nieve, incluso aquel día hasta la niebla se animó a acompañar el tiempo tan poco acogedor. No era de extrañar que el personal del aeropuerto, ya de por sí poco dado a las alegrías, estuviera de pésimo humor; aunque me importaba un bledo, yo estaba peor que ellos. Me había tenido que levantar a las tres de la mañana de mi confortable cama para llegar a tiempo para la salida del vuelo 4251 que partió de París y que, hacía apenas unos minutos, había aterrizado en Moscú. Los trámites aduaneros, tan tediosos en otras ocasiones, fueron esta vez una balsa

de aceite; la causa, sin lugar a dudas, era la desidia de los funcionarios a los que les costaba trabajar y la cara de pocos amigos que tenía yo en cada trámite que tuve que hacer. Se diría que aquel día teníamos un acuerdo tácito de no agresión mutua. Incluso, por si fuera poco, los del FSB (Servicio Federal de Seguridad de la Federación Rusa), antiguamente KGB, entre cuyas funciones, aparte del espionaje, se encuentran la seguridad interna y de fronteras, se habían olvidado de mandarme un coche, como habíamos acordado de antemano, a recogerme al aeropuerto. No quedándome más remedio que, después de hacer una kilométrica cola, tomar un taxi para que me condujera a la plaza Lubianka, donde en su cuartel general me esperaba la persona que había contratado mis servicios.

No sabía nada del coronel Iván Urulenkov, solamente de oídas; no obstante, me habían contado de él que era un joven y brillante militar de nueva generación con marcada tendencia europeísta, con el que era fácil dialogar. Al que sí conocía muy bien era a quien me había recomendado para aquel trabajo: Víktor Ivanov, un insigne catedrático de historia que, a pesar de su edad avanzada,

setenta y siete años, seguía dando lecciones magistrales en la MGU (Universidad Estatal de Moscú), con el que, hace ahora unos doce años, tuve la oportunidad de participar en unas conferencias en San Petersburgo y, desde entonces, raro era el año que no nos veíamos e intercambiábamos conocimientos mientras disfrutábamos de una botella del excelente vodka ucraniano Petroff.

Al llegar a la plaza Lubianka el taxi tuvo que detenerse, era imposible circular por ella debido a una gran manifestación protagonizada por el sector de transportes y no tuve más remedio que recorrer a pie la distancia que me quedaba hasta llegar a aquel edificio de ladrillos amarillos construido por Alekséi Shchúsev, que pasó de ser una compañía de seguros, a posteriormente y de manera sucesiva, ser la sede del cuartel general de los servicios secretos soviéticos, hasta nuestros días.

Para acceder hasta el segundo piso donde tenía que presentarme, tuve que identificarme en varias ocasiones y pasar numerosas inspecciones; pero me lo tomé con deportividad. Entendía que tanta precaución era, has-

ta un punto, lógica debido a la amenaza de atentados terroristas.

—Siento mucho no haberle recogido en el aeropuerto, pero créame que hemos tenido una mañana llena de contratiempos y, por si fuera poco, ya ve la que los transportistas nos tienen montada —se justificó nada más verme en el pasillo un cariacontecido coronel Iván Urulenkov—. De todos modos —prosiguió con su monólogo—, me permitirá que le compense invitándole a comer; le llevaré a un restaurante muy especial que, con seguridad, una persona tan entendida en gastronomía como usted, sabrá valorar. ¡Pero, por favor, pase a mi despacho! Allí podremos hablar con calma.

—No se preocupe, coronel, el viaje en taxi ha sido muy enriquecedor. Moscú, de día en día, está más bella y cada vez que tengo el privilegio de visitarla, descubro cosas nuevas.

—Es usted muy amable, señor Monnet, sepa que valoro mucho su opinión. Ahora, mientras esperamos a que llegue el profesor Ivanov, tomaremos un café, ¿le parece bien?